

BIOGRAFÍA

DEL GENERAL DE BRIGADA DON

JOSÉ RONDIZZONI



SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA UNIVERSITARIA
BANDERA 130
1914

BIOGRAFÍA

DEL GENERAL DE BRIGADA DON

JOSÉ RONDIZZONI



SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA UNIVERSITARIA

BANDERA 130

1914



L. K. Knapp



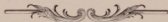
La biografía del general don José Rondizzoni que encierran estas páginas es una reimpresión de la que con el modesto título de «Hoja de servicios» se publicó en Santiago en Mayo de 1865, sin otra variante que la de haberle añadido la noticia de la muerte del General,—que en ella no pudo expresarse,—y la supresión de los cuatro párrafos que la encabezan y de los dos con que termina, que no le atañen y fueron motivados por circunstancias que no revisten hoy interés alguno.

Esa publicación apareció sin nombre de autor (cuyo anónimo hemos querido respetar); pero basta su lectura para caer luego en cuenta de que fué escrita bajo los dictados del mismo General y con presencia, no sólo de su hoja de servicios, sino también de sus papeles particulares: circunstancias que la hacen de todo punto apreciable para certificarnos de su exactitud.

Podrá decirse, quizás, que en la relación de algunos incidentes que tocan á nuestras discordias civiles, su autor se extendió más de lo que fuera menester para el objeto que persigue la «Société Scientifique du Chili» en su acuerdo de que se

publicara una compendiosa noticia de la vida del General; acaso, también, la relación de esos incidentes podrá, en algún punto, dar lugar á discusión y controversia,—á que estamos, por de contado, muy ajenos de dar ocasión—; pero, el extranjero á quien no le interesen, podrá evitárselos en su lectura, que, por nuestra parte, nos ha parecido no nos era lícito suprimir.

J. T. MEDINA.





DON JOSÉ RONDIZZONI nació en Parma (Italia) el 14 de Mayo de 1788. Sus padres, don Juan Bautista Rondizzoni y doña Rosa Cánepa, naturales también de la misma ciudad y que gozaban de la fortuna y consideraciones debidas al rango distinguido que ocupaban en la sociedad, habían determinado educar á su hijo para muy distinta carrera que la de las armas. Pero las inclinaciones naturales del joven Rondizzoni y, más que todo, el prestigioso genio del primer Napoleón, que en su marcha de gloria y de triunfos arrastraba consigo á todo corazón joven y entusiasta, hubieron de contrariar las pretensiones de los padres de aquél. Con efecto, y á pesar de la natural resistencia opuesta por ellos, apenas hubo cumplido 18 años, el estudiante Rondizzoni entró al servicio del Emperador, alistándose en la joven Guardia Imperial, el 5 de Junio de 1807.

Desde entonces hasta la gran catástrofe de Waterloo en 1815, una serie no interrumpida de hechos de armas, encuentros y batallas, formó su carrera, la que supo recorrer en todas ocasiones con honor y valor nunca desmentidos.

Basta á nuestro propósito hacer aquí una suscinta enumeración de esos mismos hechos en que tomó parte, atendiendo sólo á los de mayor importancia y sin tomar en cuenta las pequeñas acciones, riesgos y peligros que eran inherentes á la vida militar de entonces.

Durante todo el año de 1808, Rondizzoni hizo la campaña de España. Encontróse en Madrid en el memorable Dos de Mayo, cuando aquella capital selló con la sangre de sus hijos y con esfuerzos heroicos la protesta de un pueblo libre contra la intervención extranjera. El 13 de Septiembre del mismo año se encontró también en la acción de Murviedro en la que fué herido de bala; el 21 de Octubre asistió á la toma de Madrid, y, por último, el 10 de Noviembre estuvo en la acción de Benavente, con la que terminó su residencia en España. De allí pasó á Austria, encontrándose en la batalla de Esling el 22 de Mayo de 1809, en la cual fué también herido de bala, y en la que murió el mariscal Lanes, duque de Montebello. Hallóse igualmente en la batalla de Wagram, que tuvo lugar en los días 5, 6 y 7 de Julio de aquel año.

En 1810 estuvo en el campamento de Boulogne, Francia, y en 1812 hizo con el Grande Ejército las campañas de Rusia.

Allí se encontró en la batalla que tuvo lugar en frente de Polask el 11 de Junio, en la que fué herido el mariscal Oudinot, duque de Reggio, como también en la acción dada en el mismo lugar el 18 de Agosto, y en la que se verificó los días 3 y 4 de Octubre, en que Rondizzoni recibió otra herida leve. Por fin, cuando el Grande Ejército efectuó su retirada de Rusia, se encontró, el 21 de Noviembre, en el pasaje del Beresina.

Hizo después la campaña de Alemania, donde figuró en las siguientes batallas: la de Lutzen el 4 de Mayo de 1813; la de Bantozen el 9 del mismo, en que tuvo lugar la muerte del gran mariscal Duroc, duque de Frioul y otros generales; la gran batalla de Dresde, el 27 de Agosto, en que se hicieron 30,000 prisioneros y se tomaron más de 200 piezas de artillería, y en la que acaeció la muerte del general Moreau, que se había pasado á los aliados; la de Leipzig, el 18 de Septiembre, donde murieron los generales Vial, Rosambeau y el príncipe de Poniatowski, ídolo de los polacos. Se halló,

también, en las acciones que tuvieron lugar al frente de Magdeburgo (Prusia) los días 4 de Febrero de 1814, 9 de Marzo y 1.º de Abril del mismo año, habiendo sido, en ésta última, herido de bayoneta en el hombro derecho.

Durante el tiempo transcurrido desde que entró al servicio del Emperador, Rondizzoni obtuvo sucesivamente en el ejército los grados á que su valor y buen comportamiento le hicieron acreedor, habiendo ascendido en 1.º de Diciembre del citado año de 1813 á capitán ayudante mayor, siendo, además, condecorado con la Cruz de la Legión de Honor.

Cuando la abdicación del Emperador en 1814 se hallaba con la división del ejército que estaba al mando del general conde Lemarais sitiado en Magdeburgo y con ella regresó á Francia. Por un decreto del rey Luis XVIII, todo jefe y oficial que por la nueva organización del ejército no pudiera ser colocado en actividad de servicio, quedaba en aptitud de elegir, ó bien su absoluta separación, ó continuar gozando de medio sueldo, según su empleo, hasta que fuera llamado al servicio activo; hallándose también considerados en este caso aun los que pertenecían á departamentos que ya no hacían parte de la Francia, como ántes del imperio.

Rondizzoni recibió constantes invitaciones y exigencias para regresar á Italia, pero á pesar de ellas prefirió quedarse en Francia, retirándose á Colmar (Alsacia), departamento del Alto Rhin, donde esperó con fe la vuelta del Emperador de la Isla de Elba. Así sucedió en Marzo de 1815 y entonces, como tantos otros, volvió á seguir la huella esplendorosa del gran capitán, hasta la catástrofe de Waterloo, en que tantas hazañas y glorias quedaron sepultadas.

Cuando sucedió aquel desastre, Rondizzoni se hallaba sitiado en Neuf-Brizac (Francia), habiendo concurrido á las acciones que tuvieron lugar al frente de aquella plaza los días 7 de Junio y 8 de Julio de 1815.

Perdida la esperanza de que Napoleón pudiera recuperar el

tronó que con sus hazañas y glorias se había fabricado, Rondizzoni sólo trató de volverse á Italia. Mas, al separarse del último lugar en que prestó sus servicios á la causa del imperio, sus jefes y compañeros de armas quisieron, sin que él lo pretendiese, darle un testimonio de aprecio, por el leal y bizarro desempeño de sus deberes como militar; y entre los certificados y recomendaciones que al efecto le fueron entregados, encontramos los siguientes, que nos permitimos transcribir.

«Los infrascritos, el Mayor Comandante de los batallones
» 3.º y 4.º de preferencia (de Élite) del Alto Rhin y los miem-
» bros del Consejo de administración del 4.º batallón, certifi-
» camos que el señor Rondizzoni (italiano de origen) Ayudante
» Mayor del 11.º Regimiento de infantería ligera y que de-
» sempeña el mismo cargo en el batallón de nuestro mando,
» ha cumplido sus deberes durante todo el tiempo de sus
» servicios con celo y actividad dignos de elogio, habiendo,
» además, desplegado en el arte militar talentos que le colo-
» can á la altura de oficiales distinguidos. Su conducta moral
» y civil, por otra parte, lo hacen acreedor á que sea digna-
» mente colocado donde tenga la intención de tomar servicio».

«En fe de lo cual, etc.—Neuf-Brizac, 30 de Agosto de
» 1815.—Firmado: *Hertz, Hubert, Martin, Beckle, Hudoux.*»

El Mariscal Bermancourt y otros jefes le entregaron testimonios análogos, en los que declaran haberlo conocido como uno de los oficiales más valientes y dignos.

Llegado á Italia y conocidos sus servicios y aptitudes militares, Rondizzoni fué agregado al regimiento María Luisa. Mas, viendo que ya nada había que esperar del campo de batalla, teatro único á que lo llamaban su actividad y su genio, pensó que era necesario emplear esas naturales inclinaciones en servicio de una causa, que llamando ya su atención desde algún tiempo, simpatizaba con los sentimientos más íntimos de su alma. La independencia de la América española era un

hecho de alta significación social que en Europa despertaba ardientes simpatías en todos aquellos que no desconfiaban del porvenir de los pueblos, á pesar de que la mano del destino y la Santa Alianza de los antiguos tronos habían, al parecer, enterrado para siempre el espíritu de libertad que la revolución francesa del siglo pasado hizo brotar de entre las ruinas de una monarquía.

La idea de pasar á Sud-América pronto fué convertida en hecho por Rondizzoni, no sin que antes hubiera sido instigado para que desistiese de ella. Con efecto, apenas hubo elevado su renuncia del servicio al general austriaco, Conde Neiperh, que acompañaba á la Emperatriz María Luisa y que después contrajo matrimonio con ella, aquel jefe le hizo llamar y le propuso pasar al servicio del Austria, donde podría continuar con la esperanza y halago de obtener más fáciles ascensos en la carrera. Pero Rondizzoni, expresando al general sus agradecimientos, insistió en su propósito, y dirigiéndose á Génova se embarcó en este puerto con dirección á Filadelfia en los Estados Unidos, de cuyo punto era entonces más fácil venir á Sud-América que desde cualquier puerto de Europa. Llegado á los Estados Unidos, su primera diligencia fué visitar al ex-rey José Bonaparte, que se hallaba en Bordington, acompañado del General Closel, después Mariscal y Par de Francia, quienes le dispensaron una cordial acogida, permaneciendo durante algunos días en la casa de campo á que se había retirado aquel ilustre proscrito, cuya bondad de alma y excelentes prendas pudo apreciar en el trato familiar é íntimo del hogar.

El general Closel insistió también con Rondizzoni para que desistiese de su propósito, que ya se había concretado á venir á Chile. No consiguiendo nada á este respecto, el mismo general prometió presentarlo en breves días al general don José Miguel Carrera, que entonces estaba en Filadelfia en solicitud

de conducir auxilios y recursos para conseguir la completa independencia de su patria.

Carrera y Rondizzoni pronto se comprendieron, y después de convenir en emprender juntos su viaje á la que iba á ser patria adoptiva del segundo, se trabó entre ellos una íntima y cordial amistad. Embarcados juntos en la fragata *Clifton*, que salió de Baltimore el 3 de Diciembre de 1816, esa amistad se estrechó con el trato familiar y continuo que siempre se tiene a bordo de un buque y, más que todo, con la natural simpatía de dos jóvenes militares cuyas inclinaciones generosas y nobles marchaban á la par hacia un mismo fin. ¡Cuántas veces el malogrado general, mientras la nave seguía tranquila el curso de su viaje, refería á Rondizzoni sus hechos de armas, sus aspiraciones, y hasta sus propios desaciertos que siempre atribuía á la poca experiencia! Por fin, la *Clifton* arribó á Buenos Aires, que era el punto de su destino, en Febrero del año siguiente, llegando también muchos otros oficiales extranjeros que, atraídos por Carrera, venían como Rondizzoni á prestar sus servicios á la causa de la independencia.

En aquellas circunstancias, San Martín, á la cabeza del ejército que organizó en Mendoza, emprendía el paso de los Andes, que inmortalizó su nombre y que era el precursor de otros triunfos y glorias. Pero Carrera, detenido por acontecimientos que no es del caso referir, y contrariado en sus pretensiones tuvo que permanecer lejos de la patria y apartado de los peligros y azares del campo de batalla que con tanto anhelo apetecía.

Su expedición no tuvo, pues, el efecto que se proponía. Mas, el ministro de la guerra en Buenos Aires propuso á Rondizzoni que pasara á Chile bajo las órdenes de San Martín, propuesta que aceptó después de haber obtenido la completa aprobación y asentimiento de Carrera.

Según se ve, los antecedentes de Rondizzoni al iniciar en Chile su carrera militar no podían ser más honrosos y dignos.

Experimentado en la milicia, como que había recibido las lecciones del gran reformador del arte militar, hábil y entendido en ese arte, según los informes de sus antiguos jefes, pundonoroso y caballero en fin, debía necesariamente en la nueva patria corresponder con su posterior comportamiento á títulos de tanta estima. Así sucedió en efecto.

Incorporado al ejército de Chile, obtuvo su primera colocación el 26 de Junio de 1817, como sargento mayor del batallón núm. 2. Hizo en aquella época la campaña del sur y asistió á muchos de los encuentros y hechos de armas que se verificaron entre el ejército de los independientes y el que mandaba el general Osorio, cuyas pretensiones eran hacer volver al país á su antigua servidumbre.

La memorable noche del 19 de Marzo de 1818 se halló en la sorpresa de Cancha Rayada. Sus servicios y acertadas disposiciones fueron entonces de grande importancia, pues habiendo tomado el mando del batallón en que servía, contribuyó á que el desastre no produjese todos sus funestos efectos.

No podemos menos que transcribir aquí la relación que hace á este respecto don Agustín Almarza, que era ayudante del núm. 2, en carta privada de 28 de Diciembre de 1857, que existe en nuestro poder:

«En el campamento de Cancha Rayada», dice, «el núm. 2
» ocupaba la cabeza del ala derecha de la división. Llegó el
» jefe del Estado, general O'Higgins, á nuestro frente, y rodeado por los oficiales, nuestro mayor Rondizzoni principió
» á preguntarle cuáles eran las guardias que podían preservarnos de una sorpresa. A esto el general dijo que no sabía y que iba á entenderse sobre eso con el general en jefe.
» El mayor, que tenía conmigo bastante confianza, me estaba hablando aparte en seguida sobre el peligro en que nos hallábamos por falta de guardias, cuando en el acto rompen sobre nosotros el fuego de los enemigos con música y grande
» algazara. El mayor Rondizzoni se paró entonces firme al

» frente del cuerpo, y gritando con estas mismas palabras:—
« Muchachos, no hay que turbarse: seanme obedientes y yo
» los libro », y mandó formar en columna cerrada, haciendo
» desfilar por el flanco derecho é incorporarnos á la ala iz-
» quierda de la segunda división al mando del brigadier don
» Hilarión de la Quintana. Estando ahí en inacción por bastan-
» te tiempo, me mandó á mí á ver qué jefe quedaba al mando
» de la división, para preguntarle qué movimiento ó qué par-
» tido tomábamos, porque estábamos recibiendo el fuego
» enemigo sin poder defendernos. Yo sólo encontré como
» jefe de más graduación al comandante Las Heras, del 11,
» quien recibiendo mi esposición me ordenó que llamase á su
» presencia á los jefes de la división para resolver. Después
» de reunidos éstos allí, Las Heras consultó al mayor Rondi-
» zzeni sobre lo que podía hacerse; éste quiso excusarse por
» ser el menos antiguo, mas Las Heras le instó que diese su
» parecer. El mayor Rondizzoni dijo que creía conveniente
» retirarse por el camino real en columna cerrada por bata-
» llones, y que si al otro día nos atacaba el enemigo con la
» caballería, nosotros, que no la teníamos, podíamos apoyar-
» nos en los cerros para evitar que nos desordenasen; que
» así marcharíamos hasta saber del general en jefe y del res-
» to del ejército. Este parecer fué adoptado y puesto en
» práctica en el acto, llevando nuestro cuerpo á la retaguar-
» dia al mando del mayor Rondizzoni, á quien le habían muer-
» to el caballo en el primer encuentro ».

Con efecto, avisado Las Heras por el ayudante Almarza que envió Rondizzoni, fué éste preguntado acerca del partido que en tan críticas circunstancias convenía adoptar. Rondizzoni observó que el enemigo había forzado el centro de la segunda división, cuya derecha formaba el batallón de su accidental mando, que había también envuelto la artillería que se hallaba á retaguardia y dirigiéndose sobre el cuartel general, cuya posición ocupó, amenazaba, por consiguiente, la izquierda.

Además, teniendo á la espalda el desfiladero de Lircay, este era un obstáculo grave y podía producir un desastre completo con cualquier accidente. El mejor arbitrio fué, pues, en su concepto, salvar el desfiladero del Lircay sin pérdida de tiempo, con lo cual se salvaría también la artillería de la división al mando del benemérito teniente-coronel don Manuel Blanco Encalada. Aceptado este parecer, fué ejecutado por Rondizzoni el movimiento con acierto y habilidad, habiéndose él mismo encargado oficiosamente de formar la retaguardia, y consiguiendo, además, con esto, salvar por medio de la compañía de cazadores, dos piezas de artillería que estaban al mando del capitán Miller y que se habían quedado en el río.

Barros Arana, el más exacto y verídico de nuestros actuales historiadores, dedica á este particular en el tomo IV de su *Historia general de la independencia de Chile*, pág. 286, las siguientes líneas: «El sargento mayor don José Rondizzoni » tomó en esos momentos el mando del batallón núm. 2, que » formaba el ala derecha de la división de O'Higgins, consi- » derando también que todo estaba perdido, movió su cuerpo » hacia la retaguardia; y, describiendo una curva, fué á reu- » nirse con la primera división. Este movimiento fué ejecuta- » do con tan gran maestría, que el batallón se salvó casi sin » la pérdida de un solo hombre ».

Por fin, hablando con el señor Rondizzoni, le hemos oído referir, que después de los azares de aquella luctuosa noche, el valiente comandante Blanco en uno de sus transportes de entusiasmo por el hábil comportamiento del mismo Rondizzoni, lo abrazó diciéndole: «¡Ud. ha sido el héroe de esta jornada!»

En esta acción Rondizzoni recibió en el pecho una fuerte contusión que le obligó á permanecer inactivo durante algún tiempo, viéndose también imposibilitado para asistir y tomar parte en la gloriosa batalla de Maipú, que el 5 de Abril de 1818 cubrió de gloria á nuestro ejército y selló, puede decirse, la independencia de la patria.

Mientras tanto, extraños acontecimientos tenían lugar al otro lado de los Andes. Un misterioso proceso se seguía en Mendoza á los hermanos don Luis y don Juan José Carrera, y el día ocho del mismo mes fueron pasados por las armas. En ese mes también fué asesinado Manuel Rodríguez; de suerte que el país celebraba á la vez los triunfos de las victoriosas armas de San Martín y O'Higgins, y devoraba en silencio la triste impresión que tales acontecimientos le causaban.

Rondizzoni no podía tampoco ser indiferente á ellos. Su carácter franco y leal le hacía rechazar con indignación toda medida que no estuviese conforme con los severos principios que siempre le guiaron en su conducta. La estrecha amistad, por otra parte, que le ligaba con don José Miguel Carrera le hacía mirar con un particular aprecio todo lo que con éste tenía relación; así es que aquellos desgraciados sucesos lastimaron su alma profundamente, y formó desde entonces la resolución de separarse del servicio, protestando así contra actos que, por fortuna, si bien empañan, no alcanzan, con todo, á obscurecer los gloriosos hechos de O'Higgins y San Martín, á quienes la historia supone alguna participación en ellos.

Con efecto, á principios del siguiente mes de Mayo, Rondizzoni elevó su renuncia, que al principio no le fué aceptada, pero que lo fué después mediante sus reiteradas instancias, concediéndosele, con fecha 6, su retiro absoluto con goce de fuero y uso de uniforme.

Enemigo de tomar parte en las contiendas civiles, se retiró entonces á un fundo de campo, donde permaneció extraño á todas las influencias de partido, que ya principiaban, por desgracia, á mezclarse en los importantes acontecimientos que estaban decidiendo de la suerte futura de la Patria.

En 1823 recibió en su retiro una carta del Director O'Higgins en la que le invitaba á tomar parte de nuevo en el servicio. Rondizzoni vino á verle, pero teniendo noticias del pro-

nunciamiento de Freire en el Sur, del estado de alarma que se manifestaba en todo el país, y del profundo disgusto que reinaba en el vecindario de la capital por la política estrecha y tirante del Gobierno, no aceptó las ofertas que aquél le hizo; y aún con su natural franqueza aconsejó al mismo Director que abandonase el timón de los negocios públicos.

Poco tiempo después tuvo lugar la deposición de O'Higgins, ese acto de abnegación y civismo que ha elevado á tanta altura al héroe de Rancagua. Rondizzoni asistió al lugar donde los más respetables vecinos de Santiago celebraban *cabildo abierto* y donde se trataba de obligar al Director á que abdicase. Los que presidían la reunión le instaron para que formase parte de la comisión que debía significar al Jefe del Estado los deseos de los pueblos, y no obstante su resistencia, fundada en el precedente que hemos enunciado, tuvo al fin que aceptar y se dirigió en efecto al cuartel de San Agustín, en que se hallaba O'Higgins, el cual dió por respuesta que él mismo se presentaría al lugar de la reunión, como en efecto lo hizo.

Desde esa época, Rondizzoni volvió al servicio activo, habiéndose hecho cargo, el mismo día de la deposición, de algunas fuerzas que se hallaban en San Diego, y pasando luego al batallón núm. 7 de Concepción.

De su hoja de servicios tomamos los siguientes apuntes relativos á los que prestó después hasta 1829. Dice así: «Hizo » la campaña del Perú el año de 1823, la de Chiloé el año de » 1824, y se halló en la acción de Mocopullí el 1.º de Abril » del mismo año. Hizo la campaña de Chiloé en 1825 y » 1826 y se halló en la acción de Bella-vista el 14 de Enero » de 1826. Hizo la campaña de San Fernando y se halló en » el tiroteo de la Plaza de Santiago en Junio de 1829 contra » el escuadrón de Coraceros sublevados, cuyo movimiento » revolucionario fué sofocado por la fuerza de su mando con » la toma del cuartel de San Pablo».

Durante este tiempo y en premio de los servicios prestados, ascendió sucesivamente á los empleos de teniente coronel, coronel graduado y coronel efectivo, cuyo último cargo se le confirió por decreto supremo de 19 de Febrero de 1825, habiéndosele nombrado el año anterior miembro de la Legión de Mérito de Chile.

Como el último de los hechos de armas anotado en la parte de la hoja de servicios que acaba de transcribirse fué de una grave importancia para la paz y tranquilidad ulteriores de la República, referiremos á la ligera algunos de sus detalles en lo que conciernen al coronel Rondizzoni, quien, como se dice en dicha hoja de servicios, «*sofocó el movimiento revolucionario con la fuerza de su mando con la toma del cuartel de San Pablo*». Si ese atrevido golpe, conocido con el nombre de la *revolución de los Inválidos*, hubiera tenido el éxito que con él se propusieron sus promotores, ó realizádolo siquiera en parte, acaso el prudente y humano general Pinto, que entonces estaba como vice-presidente á la cabeza del Gobierno, habría sido una de las primeras víctimas, envolviendo al país con esta desgracia en nuevos desórdenes, funestos siempre á su desarrollo y progreso, y manchando la historia de la República con un feo tizne.

Sabido es que una de las faltas que pueden imputarse al Gobierno del general Pinto fué su debilidad y excesiva condescendencia, que alentaron á los perturbadores del orden público en sus pretensiones de mando. Esa generosidad, si bien ensalza al individuo particular que la ejerce y da testimonio de sus buenos y humanitarios sentimientos, es muchas veces en política una falta grave cuyas consecuencias se hacen sentir en ocasiones sobre el mismo que la ejerce. Tras la debilidad viene casi siempre la necesidad de las represiones violentas y estrepitosas, que ensangrientan los partidos políticos, haciendo después imposible su reconciliación. Guardar el justo

medio entre extremos tan opuestos y peligrosos debe ser el constante anhelo de los que gobiernan.

El general Pinto, á la época á que nos referimos, esto es, en el año de 1829, había promulgado un decreto de amnistía general para todos los procesados y perseguidos por delitos políticos, no obstante las frecuentes tentativas de rebelión que habían agobiado su gobierno. Los coraceros, que tomaron parte activa en la revolución de los *Inválidos*, eran los mismos á quienes un año antes se les había vuelto sus honores é insignias, de que, por faltas anteriores, habían sido privados.

En la noche del 5 de Junio, hallándose el coronel Rondizzoni de visita en una casa particular, recibió del vice-presidente Pinto una esquila, en la que simplemente le decía: «Mi » amigo, es preciso estar con cuidado, duerma Ud. en su » cuartel esta noche».

No acostumbrado aquel jefe á este laconismo de parte de Pinto, con quien mantenía estrechas relaciones de amistad, se fué en el acto á verlo á la casa de Gobierno, donde se encontraba. Preguntándole los motivos que tenía para hacerle aquella advertencia, el vice-presidente le contestó que al ministro de hacienda don Francisco Ruiz Tagle se le había denunciado un movimiento revolucionario que debía tener lugar esa noche, y que, aunque había siempre denuncios de esta especie, convenía, sin embargo, no despreciarlos y estar sobre aviso. Aseguróle Rondizzoni que acaso nada podía temerse, puesto que don Gregorio Amunátegui, mayor de artillería, y don Eduardo Witacker, comandante de coraceros, interrogados poco antes acerca de la fidelidad de sus respectivos cuerpos, habían dado plenas seguridades á su respecto. Con todo, Rondizzoni no despreció el aviso, é inmediatamente fué á verse con los citados jefes, á quienes recomendó la más estricta vigilancia, retirándose después al convento de San Agustín, lugar en que se hallaba el batallón Concepción.

antes núm. 7, que estaba á su mando. Allí dispuso que la mitad de la tropa, durante la noche, permaneciese sobre las armas, mientras la otra mitad descansaba, alternándose en esta operación.

A la media noche, el ministro de hacienda Tagle, dando quizás crédito á una falsa alarma, notificó á Rondizzoni que el cuartel de San Pablo, donde estaban los coraceros, había sido asaltado; pero pronto se supo por un ayudante, que en el acto despachó á aquel punto, que todo aún se hallaba tranquilo.

A la madrugada del día seis, paseándose Rondizzoni por la plazuela de San Agustín, y esperando algún resultado del denunció de la noche, sintió bulla y ruido de gentes en confusión por el lado de la Plaza de Armas, á la cual despachó en el acto otro ayudante, quien regresó refiriéndole que había allí alguna tropa de coraceros que gritaban «muera Pinto», y proferían otras voces de sedición. Dispuso, en consecuencia, que el sargento mayor Larrivera se dirigiese á la plaza, al mando de dos compañías, ínterin se preparaba el resto del batallón. Al llegar Larrivera á la plaza, encontró que la tropa amotinada estaba forzando y tratando de romper las puertas de palacio; y haciendo sobre ella una descarga, la puso en fuga, obligándola á abandonar por el momento el lugar que atacaban. En esos instantes llegó también el coronel Rondizzoni con el resto de su fuerza, y apoyando la espalda de ella sobre el lado oriente de la plaza, y ayudado por las otras dos compañías que ocupaban la parte norte, hizo una descarga sobre los coraceros amotinados, que, rehechos ya de su reciente descalabro, volvían de nuevo á la plaza para continuar sus esfuerzos y trabar la lucha. Rechazados por segunda vez, los sublevados se retiraron, encerrándose en el cuartel de San Pablo para continuar la resistencia.

Conjurado por el momento el serio peligro que amenazaba al Vice-presidente, Rondizzoni hizo abrir la puerta de la casa

de Gobierno al sargento mayor Cofré, que entonces comandaba la guardia de ella, y encontró á Pinto, que en unión del apreciable y conocido español don Vicente Meler Larrosa se paseaba en el interior de los aposentos. Al ver á Rondizzoni exclamó el general Pinto: «Ya conocía que era Ud., coronel, quien venía á salvarnos». El mismo general, á instancia de Rondizzoni, dirigió la palabra á la tropa, dándole las gracias por su valor y buen comportamiento, y exhortándola á continuar por el mismo camino en el cumplimiento de sus deberes.

Reunióse en seguida una junta de guerra, á la cual asistieron los principales jefes de la guarnición, con el fin de determinar las medidas que más convendría adoptar en vista de las circunstancias. En esos momentos llegó el comandante de armas (que lo era accidentalmente) don Francisco Elizalde, con quien Rondizzoni, algún tiempo atrás, había tenido lo que vulgarmente se llama un lance de honor. El comandante de armas quiso aprovechar la oportunidad que se le presentaba para reprochar á Rondizzoni su falta de cumplimiento á las prescripciones de la Ordenanza, pues no le había pasado el respectivo parte de aquella ocurrencia; pero el coronel le contestó con calma y sin afectación: «Señor comandante, el mejor parte es el silbido de las balas: quien no las teme, las oye desde lejos y desde cerca».

Resolvióse en la Junta que Rondizzoni, al mando de toda la fuerza existente, marchase á atacar el cuartel de San Pablo, lo que en efecto hizo, llevando consigo dos piezas de artillería que mientras se deliberaba había mandado conducir á la plaza, como igualmente algunos pertrechos de guerra sacados de la antigua casa de pólvora, sita entonces en el barrio de la Chimba.

Algunos de los amotinados ocuparon la torre de la iglesia, sobre la cual se hicieron varias descargas de fusilería, que no produjeron resultado favorable. Entonces el coronel Rondizzoni se colocó al frente de la puerta principal del cuartel que

en pocos momentos hizo volar á metrallazos y encargó al coronel Tupper que al mando de un escuadrón de policía, conocido con el nombre de los *padrecitos*, y otros dos escuadrones de milicia de la campaña (Ñuñoa y Renca), se apostase en la parte norte, entre el cuartel y el río, á fin de impedir por ese lado la fuga. Rondizzoni, sin nuevos obstáculos, entró al cuartel, pero ya había sido abandonado por los insurrectos, que, desalentados y temiendo justamente las mayores fuerzas con que se les amenazaba, habían emprendido la fuga sin que el coronel Tupper hubiera podido impedirse. Al encontrarse nuevamente con Rondizzoni y preguntándole éste el motivo de aquel suceso, Tupper, encogiéndose de hombros, le contestó: «¿qué quiere Ud.? se me fueron los verdes y los colorados y sólo me he quedado con los azules», refiriéndose al color de los ponchos ó mantas que respectivamente llevaban los cuerpos de su mando, de los cuales sólo los *padrecitos* ó *azules* habían permanecido firmes en su puesto.

Los amotinados fueron después perseguidos, y conseguida la tranquilidad con la extinción de aquel motín, que tan seriamente amenazó la paz pública y la existencia del general Pinto, éste dió las gracias á Rondizzoni por su buen desempeño, declarando en repetidas ocasiones deberle la vida, que le salvó de un inminente peligro.

El periódico titulado *El Verdadero Liberal*, que se publicaba á la sazón en Santiago, dió cuenta de este hecho de armas é hizo de Rondizzoni encarecidos elogios ¹.

¹ El señor don Federico Errázuriz, en su interesante obra titulada *Chile bajo el imperio de la Constitución de 1828* difiere de nuestro relato, respecto á la revolución de los inválidos, en algunos detalles. Supone aquel autor que el comandante de armas don Francisco Elizalde fué quien dirigió el ataque contra los sublevados en el cuartel de San Pablo; pero de la hoja de servicios del general Rondizzoni, en la parte que hemos transcrito aparece que fué éste el que «sofocó el movimiento revolucionario con la fuerza de su mando, con la toma del cuartel de San Pablo», según las expresiones de dicha hoja de servicios. Además, el mismo general Rondizzoni nos ha referido este episodio de su carrera militar, y protestamos haberlo transcrito casi con los mismos términos con que nos lo ha comunicado.

Sucesos posteriores que cambiaron el personal de la administración y que tan violentamente agitaron lo que podemos llamar la infancia de la República, vinieron todavía á poner á prueba la lealtad y valor nunca desmentidos del coronel Rondizzoni. Defensor del orden constitucional y del Gobierno legítimo del país, desempeñó con valor y energía el puesto que le señaló el deber en la acción de Ochagavía, memorable en los fastos de la historia patria, tanto por los manejos reprobados que quizás por primera vez en Chile se ponían en juego para hacer cambiar la suerte de las armas, como por los resultados que ella produjo en la marcha posterior de los sucesos políticos.

En la madrugada del día 14 de Diciembre de 1829, el estampido del cañón anunciaba en el campo de Ochagavía un nuevo episodio de nuestra borrascosa existencia política. El general Prieto, sublevado con el ejército del sur que estaba á sus órdenes, venía á disputar con la fuerza de las armas el mando supremo de la nación; y el general Lastra le salía al encuentro en defensa del orden y de la Constitución, que el año antes había sido promulgada y jurada por los pueblos. La fuerza de los revolucionarios era, poco más ó menos, igual en número á la de los constitucionales, con la diferencia de que por parte de éstos estaba la ventaja en cuanto á la pericia militar, tanto de la tropa como de los jefes, entre los cuales se hallaba Rondizzoni como comandante del batallón núm. 7 de Concepción. Los revolucionarios, sin embargo, contaban con una caballería muy superior á la de sus contrarios, mandada, además, por el valiente coronel Bulnes. Trabada la lucha, tocó á Rondizzoni sostener todo el ímpetu de la caballería enemiga que atacó su batallón, consiguiendo hacerla retroceder y pronunciarse la victoria en favor de los constitucionales.

Cuando el fuego cesó y era evidente la derrota de los revolucionarios, el general Prieto se presentó al coronel Rondiz-

zoni suplicándole lo hiciese conducir á la presencia de Lastra con quien deseaba hablar. Así se hizo en efecto, y so pretexto de conferenciar sobre un arreglo definitivo de la cuestión pendiente, Prieto invitó á Lastra á que pasase á las casas de Ochagavía, á donde lo siguió éste, acompañado del coronel Viel y algunos ayudantes de su ejército. Llegados allí, los revolucionarios, que tenían cercadas las casas con casi todas sus fuerzas, manifestaron en toda su desnudez el plan poco honroso que habían concebido para hacer cambiar la suerte de las armas. Encerrados los oficiales y jefes del ejército vencedor, los vencidos los declararon prisioneros, y les hicieron entregar sus espadas, contrastando con la acción de Lastra, que poco antes había hecho devolver las suyas á los oficiales vencidos en leal pelea.

Prieto consiguió también arrancar de Lastra una orden escrita á lápiz y dirigida al coronel Rondizzoni (la que éste conserva aún original en su poder) en la que dice lo siguiente: «El coronel Rondizzoni hará venir aquí al campamento del general Prieto la tropa y oficiales pertenecientes á su división.—*Lastra*». Al recibir esta orden Rondizzoni, y al notar la irregularidad del procedimiento, comprendió en el acto que aquella era una indigna trama, y sin vacilar contestó al portador de la misma orden que él no la obedecía, y que si en el término de cinco minutos no salían de las casas los jefes y oficiales que habían sido conducidos por una intriga, iría á atacarlos inmediatamente, para cuyo efecto había dado ya las órdenes necesarias. ²

² El señor Errázuriz en el capítulo 6.º de su obra ya citada supone que la orden aludida se dirigió al coronel Tupper y que éste dió la contestación que se vé trascrita en la página 166 de dicha obra. Pero este aserto no es exacto. Así se comprueba, en primer lugar, por el contexto de la orden misma que hemos copiado y que existe original en poder del general Rondizzoni, y, en segundo lugar, porque ausente del campamento el general Lastra, Rondizzoni era el jefe más antiguo que allí quedaba; hallándose por lo tanto, el coronel Tupper bajo sus órdenes y siendo á aquél y no á éste á quien en tales circunstancias incumbía adoptar resoluciones de tanta importancia.

El ardid de los revolucionarios, si bien fué frustrado en parte por la previsión de Rondizzoni, los colocó, sin embargo, en una posición más ventajosa, firmándose un armisticio de 48 horas, dentro de las cuales se llevó también á efecto un tratado, conocido con el nombre del lugar donde se celebró, por efecto del cual el general Freire quedó á cargo de ambos ejércitos. Ese tratado, hijo de la mala fe, tuvo por consecuencia precisa su infracción é inobservancia por parte de Prieto.

Sospechándolo así Rondizzoni, hizo presente á Freire la conveniencia de que todo el ejército constitucional pasase á ocupar á Quillota, no sólo para mantenerlo unido en un lugar inmediato á la capital, sino también para sustraerlo á las influencias del oro, de que disponía en gran abundancia el partido contrario. Esta medida, aprobada por una junta de guerra secreta, á que asimismo asistieron los generales Pinto y Borgoño, se llevó á efecto, encargándose Rondizzoni del mando de toda la fuerza, que consistía en los batallones Concepción, de que él era comandante, y los de Pudeto y Chacabuco, al mando respectivo del sargento mayor Varela y comandante Castillo. El segundo de estos batallones se envió á San Felipe, luego de haber llegado á Quillota.

Mientras tanto, el general Prieto, que había estado eludiendo el cumplir por su parte con los tratados, dirigió á Rondizzoni una carta, en que le decía que estaba en su mano el evitar nuevas desgracias, y le invitaba á que se entregase con las fuerzas que se hallaban á su mando, prometiéndole todas las seguridades posibles; y por una posdata, que firmaba don Agustín Vial Santelices, se constituía éste garante de tales promesas. La contestación, como era natural, se limitó á rechazar aquellos ofrecimientos como indignos, á echar en cara su falta de buena fe á quien los hacía, expresando, además, que aquella cuestión no tenía otra resolución que la que dieran las armas en el campo de batalla. Esta contestación fué publicada en el *Mercurio* de Valparaíso de aquella época.

Al fin, lo que se temía se realizó en toda su extensión. Freire, burlado y engañado, tuvo que abandonar la capital, lo que puso en conocimiento de Rondizzoni por medio de una carta; pero sin indicarle siquiera el lugar á donde se había dirigido.

El coronel en el acto hizo venir al Pudeto de Aconcagua y ordenó que el sargento mayor Toro, al mando de dos compañías de preferencia, fuese á tomar posesión de Valparaíso, donde se hallaba de gobernador don José María Benavente.

En vísperas de ejecutarse esta orden, se presentó Freire en Quillota. El plan que Rondizzoni se proponía, y que aquél aprobó, era aprovechar los elementos favorables con que contaba en Valparaíso, y dirigirse en seguida á Concepción para organizar nuevas fuerzas y hacer cumplir lo pactado. Este plan sin duda habría surtido todos los efectos que se deseaban, pues Concepción era el punto en que podía con más facilidad formarse una división respetable, atendida la favorable disposición en que se hallaba aquella provincia. Pero Freire, cediendo á una fatal alucinación, y acaso á sugerencias que venían del enemigo, y que explotaban su credulidad y buena fe, dió un giro opuesto á la dirección de las tropas, haciéndolas embarcarse para Coquimbo, donde, decía, era necesario restablecer el orden que se había perturbado. Rondizzoni se ofreció á ir él con este objeto con una pequeña fuerza, pero todo fué en vano.

Llegado el ejército á Coquimbo, hubo un pequeño encuentro con las fuerzas que allí imperaban, mandadas por don N. Uriarte, las cuales fueron derrotadas.

Freire esperaba siempre los pronunciamientos favorables de Santiago, hasta que Rondizzoni, por conducto del comodoro inglés Bengan, recibió una carta del consul francés Laforet, en la que le comunicaba que Prieto había comprado la *Colocolo* de la casa de Lezica, y se tenía el proyecto de impedirles la salida de Coquimbo.

Esta carta alarmó á Freire, y al fin adoptó el partido que tantas veces se le había aconsejado antes, saliendo con el ejército de aquel puerto con dirección al sur.

La travesía fué penosa y de pésimos augurios. La barca *Juana Pastora*, en que iba una parte de la fuerza, fué apresada por la *Colocolo*. Freire, al entrar á Constitución, estuvo á punto de perecer, y Rondizzoni, que iba en el bergantín *Olifante*, se vió obligado á entrar al puerto de Navidad, de la provincia de Colchagua, de donde se dirigió por tierra hasta Constitución. Reunidas las fuerzas en aquel punto, se mandó orden al coronel Viel para que suspendiese el sitio de Chillán que sostenía á la sazón, y así se hizo, viniendo también á reunirse con Freire.

En seguida, toda la división se dirigió á Cauquenes, donde permaneció algunos días, emprendiendo después la marcha hacia el lugar denominado el Barco de Prado, cerca del Maule, habiendo antes reunido á la división el batallón cívico de Talca, al mando del sargento mayor Mardones, como también al coronel Barnachea, á quien se esperaba con algunos indios.

El día 15 de abril (1830) toda la fuerza pasó á ocupar á Talca. En la noche, un espía de toda la confianza de Rondizzoni y que había prestado muy buenos servicios, vino á anunciarle que el ejército de Prieto (que desde la capital se había dirigido al sur, luego que se tuvo noticia de la llegada de Freire) estaba en movimiento, y al parecer intentaba marchar sobre la ciudad.

Siendo necesario tomar una posición ventajosa, pues ya parecía acercarse el momento del combate, Freire y Rondizzoni salieron á reconocer el campo, conviniendo en que el ejército ocupase posiciones casi en los suburbios de la ciudad. La opinión del segundo era que de ningún modo convenía ir á atacar al enemigo en el lugar en que éste se hallaba, por la sencilla razón de que sus fuerzas eran mucho más numerosas; y aun cuando tenía bastantes reclutas, éstos, sin embargo, valían tan-

to como los soldados veteranos para manejar su fusil á pie firme. Debían, pues, permanecer en las posiciones elegidas, donde con mayor ventaja podía resistirse al enemigo, en caso de un ataque.

Se sabía, además, que Uriarte, el mismo á quien Freire había tenido que batir á su arribo á Coquimbo, estaba pronunciado á su favor, y se preparaba para marchar sobre la capital. Prieto se vería entonces en la necesidad de ir á socorrer aquel punto importante, y, en tal caso, el ejército constitucional, sin dar una batalla decisiva, podría picarle la retaguardia y causarle daños de consideración hasta que se presentara una circunstancia favorable. Freire convino en la exactitud y verdad de estas observaciones, y quedó de sujetar á ellas sus disposiciones.

Con efecto, se ocupó la posición ventajosa que se había elegido. Llegado el día 17, en que tuvo lugar la batalla, Freire ordenó á Viel, al parecer con el objeto de observar los movimientos del enemigo, que se situase en una llanura inmediata, lo que éste ejecutó. Más tarde, por medio de un ayudante, ordenó también á Rondizzoni que marchara con toda la fuerza al punto donde se hallaba, que era el mismo lugar ocupado por la caballería, disposición que causó un profundo disgusto y que fué unánimemente reprobada por todos los jefes, puesto que, al parecer, sin motivo ninguno se abandonaba una posición ventajosa y estratégica.

La orden se obedeció sin embargo, é interpelado Freire acerca de la causa de un cambio en las disposiciones convenidas, constestó que Prieto iba á retirarse, pasando el Lircay. Rondizzoni le hizo observar que tal retirada no podía efectuarse, porque el enemigo tendría que atravesar los desfiladeros de aquel río á presencia y con peligro de ser atacado por las fuerzas constitucionales, y habría sido más natural que aquella maniobra la hubiese efectuado en la noche anterior.

Mientras tanto, las fuerzas de Prieto, por un movimiento

rápido y describiendo una curva, fueron á ocupar las mismas posiciones que el ejército constitucional acababa de dejar.

Dispuso entonces el general Freire que se atacase al enemigo; pero antes que esta orden alcanzase á ser obedecida, y en circunstancias que se desplegaba la línea para el ataque, dió nueva orden de retirada. Al obedecerse esta disposición, Rondizzoni, separándose de la fuerza de su mando, se dirigió al general preguntándole cuál era su intención, y le contestó éste que era necesario ir á ocupar el lugar que á su vez había abandonado la fuerza de Prieto. Rondizzoni no conocía ese lugar, y aún cuando por el desacierto de las disposiciones anteriores presumía ya que este fuera un nuevo error, obedeció, sin embargo, y la división ocupó en efecto el lugar indicado. En vista de las desventajas que ofrecía, pues, para el caso de una derrota, el Lircay y sus desfiladeros oponían inconvenientes casi insuperables á la retirada, Rondizzoni volvió á hacer observar á Freire que aquella no era una posición estratégica; pero que, lo fuera ó nó, el momento de batirse hasta vencer ó morir había llegado, no quedando otro recurso en aquella alternativa. A esta observación contestó el general con estas expresiones: «Pues, coronel, aquí debemos echar el resto». Así era, en realidad.

Convínose entonces que la infantería, al mando de Rondizzoni, formase en columnas, y sin disparar un tiro, marchase á la bayoneta calada hacia la fuerza enemiga, en los momentos en que ésta desplegase su línea para el ataque. Pero para efectuar este movimiento con buen éxito, era necesario contener el ímpetu de la caballería contraria, á fin de que no arrollase á la infantería, que operaba en un llano desventajoso para ella y muy favorable á la primera. Freire prometió que así se haría.

En tal confianza, y con la persuasión de que el soldado chileno es siempre propio para un movimiento atrevido, Rondizzoni se preparaba á efectuarlo, cuando se le presentó el capi-

tán Freire, sobrino del general, diciéndole que éste había ya atacado á la caballería enemiga, y que la rechazaba. Comprendió el coronel que aquel era el momento oportuno para cargar, y así lo mandó, llevando á su izquierda el batallón Pudeto, al centro el Concepción y á su derecha el Chacabuco; habiendo antes, para inspirar más confianza y valor á la tropa, hecho que su asistente retirase el caballo que montaba.

En los momentos en que la infantería marchaba á paso de carga, la caballería del ejército constitucional era rechazada, pues el comandante Luna, que mandaba un escuadrón de Prieto, situado á retaguardia de la derecha de su división, había cargado sobre la izquierda de aquélla, haciéndola volver precipitadamente.

La infantería, sin embargo, se sostuvo durante algún tiempo, alentada por el valor de su jefe, y disputó con denuedo el triunfo al enemigo; pero casi envuelta por éste, débiles é indefensos sus flancos y sufriendo un mortífero fuego de artillería y fusilería, tuvo que ceder.

Rondizzoni, al principio del ataque, recibió una herida contusa de bala en el pecho, y otra en el vacío. A su lado murieron sus dos ayudantes, don Fernando Castro y don Domingo Gazmuri, cuya suerte ha lamentado tantas veces.

Perdida la esperanza de la victoria, la dispersión del ejército constitucional fué completa. Tristes y sangrientas escenas se sucedieron, sobre las cuales vale más echar el velo del olvido. La condición de *extranjero* era lo que más excitaba la animosidad del vencedor, y el valiente Tupper debió á esto su desastrosa muerte. Rondizzoni hubiera también sido víctima por igual circunstancia; pero debió su salvación á su serenidad y presencia de ánimo.

Fatigado y casi exánime por la heridas que recibió, logró atravesar el Lircay en un caballo que le proporcionó un músico de su batallón, llamado Galindo. Miraba á Tupper marchar delante, cuando de pronto sintió á su espalda el galope de un

caballo que parecía acercarse. Rondizzoni volvió la cara, y vió á un cazador que le apuntaba con su carabina, profiriendo palabras amenazadoras. Se creyó perdido; pero su ánimo sereno le sugirió el medio de salvarse. Encarándose al soldado, le dijo: «Cazador! qué no me conoces? Soy de los tuyos!» El cazador, creyéndolo, retiró la carabina, y se ausentó sin hacer observación ninguna.

Oculto durante la noche en las quebradas y ondulaciones del terreno, á cada instante temía ser sorprendido por las partidas enemigas que se cruzaban en todas direcciones, en persecución de los fugitivos. Disfrazado de huaso, pudo al fin en la noche siguiente dirigirse á Talca, á cuya ciudad entró en los momentos en que las músicas resonaban por las calles y las campanas de las iglesias se echaban á vuelo, celebrando el triunfo de los contrarios. La casa y la generosidad del señor don Manuel Donoso le sirvieron allí de seguro asilo; hasta que, convencido de que nada podía esperar ya en esta patria adoptiva, por la que tanto había sufrido, tomó la resolución de marcharse al extranjero.

La fragata francesa *Durancia* lo condujo al Perú, y después de permanecer algún tiempo en esa República, pasó á la del Salvador, en Centro América, donde, dedicado exclusivamente á sus negocios particulares, nunca quiso tomar parte en los frecuentes disturbios que han agitado á aquellos países, no obstante que sus servicios fueron solicitados con empeño.

Chile, mientras tanto, avanzaba rápidamente en el camino del progreso y en el de la estabilidad de sus instituciones. La mano hábil y diestra del ministro Portales dirigía el timón del Estado, y mediante sus oportunas y acertadas disposiciones administrativas, el país había aceptado y legitimado, por decirlo así, un gobierno cuyo origen arrancaba de una revolución militar.

El mismo Portales, amigo decidido de Rondizzoni, cuyas buenas prendas conocía, escribió á éste en su destierro invi-

tándolo á que volviese á la patria. Esta invitación fué aceptada, y Rondizzoni volvió, en efecto, en 1840, habiendo sido restituido á sus honores y empleos por decreto supremo del año anterior.

Desde aquella época desempeñó los cargos y empleos que indica su hoja de servicios, de la cual copiamos lo siguiente:

Gobernador político y militar del puerto de Constitución, por decreto supremo de 12 de Abril de 1842.

Gobernador del puerto de Talcahuano, por supremo decreto de 29 de Agosto de 1849.

Ministro especial de la Corte de Apelaciones de Concepción para la Sala Marcial, por decreto supremo de 4 de Septiembre de 1849.

Fué nombrado jefe de Estado Mayor del Ejército nacional, por decreto supremo de 20 de Septiembre de 1851.

Intendente de la provincia de Concepción, por decreto supremo de 18 de Diciembre de 1851.

Intendente de la provincia de Chiloé, por decreto supremo de 3 de Enero de 1853.

Intendente de la provincia del Ñuble, por decreto supremo de 22 de Octubre de 1855.

El 19 de Julio de 1854 había sido nombrado general de brigada.

En este segundo período de la vida política de Rondizzoni en Chile, sólo se encontró en dos acciones de guerra: en la campaña del sur el año 51, como jefe de Estado Mayor, bajo las órdenes del general Bulnes, y el año 59 en Concepción cuando una partida de los que habían hecho armas en la revolución de esa época, atacó á aquella ciudad casi indefensa, corriendo entonces grave peligro el orden constitucional, que, á pesar de la efervescencia revolucionaria que agitaba toda la República, reinaba allí todavía.

Haciendo entonces el general Rondizzoni la vida de cuartel, como simple soldado, contrajo la penosa enfermedad que al

presente lo agobia y que amarga los últimos días de su existencia.

El resto de este largo período fué empleado en los afanes y desvelos anexos á los cargos de gobernador é intendente que desempeñó sucesivamente y casi sin interrupciones. Si fué valiente y entendido en la guerra, en las labores de la paz fué también celoso y entusiasta por el cumplimiento del deber.

Largo sería y engorroso el enumerar uno á uno los adelantos y mejoras introducidas en los departamentos y provincias que estuvieron bajo su inmediata dirección. Ellos existen todavía, y en su natural y progresivo desarrollo, seguirán siendo testigos elocuentes de cuánto empeño y solicitud fueron objeto de parte de su antiguo mandatario y servidor.

El puerto de Constitución, lugar de tanta importancia para el porvenir de las provincias inmediatas á él, recibió bajo la gubernatura de Rondizzoni el primer impulso que ha convertido á su población en una hermosa y floreciente ciudad. Las calles se arreglaron entonces, se creó un fondo y entradas municipales, que antes casi no existían, y se atendió, en fin, á multitud de necesidades no satisfechas aún.

Chiloé, esa provincia que encierra velado todavía el floreciente porvenir de la República; Chiloé que es y será respecto á Chile, lo que éste fué y es al presente respecto á la América, es decir, pobre y miserable en su principio, grande y próspero después, esa provincia, decimos, mereció del intendente Rondizzoni todos sus afanes y desvelos. La instrucción pública, las instituciones de caridad, los adelantos materiales, todo ese cuadro complejo, en fin, que forma la administración de un pueblo, fueron atendidos y en gran parte satisfechos.

La primera memoria que un intendente ha presentado al gobierno acerca de la provincia de Chiloé, fué hecha por Rondizzoni, y tanto por esta circunstancia como por su importancia misma, ese documento hace alto honor á su autor.

Concepción y Ñuble se encuentran también en igual caso;

y á pesar del olvido, ese paño mortuorio que casi siempre cubre la memoria de los servicios recibidos, se hará sentir por algún tiempo todavía la influencia benéfica de medidas acertadas y convenientes que en otro tiempo empleó en su beneficio el intendente Rondizzoni.

Recorriendo, pues, la larga carrera pública de éste, como militar y como magistrado, ningún borrón encontramos en ella, ni una ligera sombra que la oscurezca. Su conducta funcionaria y de particular aparece siempre modesta y sin pretensiones, pero, en cambio, brilla pura é inmaculada la conciencia del hombre honrado y pundonoroso.

¡Cuántas veces, en los azares de las contiendas políticas, se presentaron á Rondizzoni sugerencias y halagos para que transigiera con sus inalterables principios de lealtad y patriotismo, y cuántas también fueron rechazadas con indignación ó desprecio!

Todavía, en su retiro de Valparaíso, anciano y achacoso como se hallaba, fué de los primeros en ofrecer su espada para la defensa del país cuando sobrevino la guerra con España: ofrenda que había de ser el último destello del amor que profesó á su segunda patria, pues, á los muy pocos días, falleció allí el 23 de Marzo de 1866.

